

La “guerra” de Los Angeles y el capitalismo real estadounidense

El estallido de violencia en Los Angeles, que comenzó el pasado 29 de abril, mostró una nueva faceta de la situación estadounidense y dio la razón a las múltiples advertencias de los investigadores sociales y políticos independientes. Los incidentes no sólo reflejan la injusticia racial que predomina, sino también la gravedad de los problemas internos del capitalismo real que el gobierno de Bush no parece controlar.

La conflagración que comenzó sólo minutos después de que un jurado blanco, evidentemente prejuiciado, decretara la libertad de cuatro policías que apalearon brutalmente al ciudadano negro Rodney King, y que se extendió a varias ciudades, esta vez tuvo la connotación de la desesperación social, no sólo de la comunidad negra, sino también de los millones de desempleados blancos y negros, de los *homeless* y de las minorías que se sienten marginadas y acosadas.

El presidente de Francia lo dejó entrever cuando mencionó que los hechos evidenciaban un descuido gubernamental por el bienestar social de la población, sumándose así a otras críticas —unas abiertas, otras más veladas— a las erráticas políticas domésticas de la Casa Blanca.

También quedó desenmascarado el obsoleto sistema de justicia, que ya había dado una manifestación lamentable en el caso del general Manuel Antonio Noriega, juzgado y acusado, sin nin-

guna prueba precisa, por un grupo de narcotraficantes convictos, pagados y sobornados por el gobierno estadounidense.

Estas y todas las demostraciones de un sistema decadente, llevaron a la inusitada situación del pasado 29 de abril en Los Angeles. Fueron los incidentes más violentos desde 1965, o de los que se produjeron después del asesinato de Martin Luther King. De hecho, las tres jornadas de revueltas sin control en Los Angeles se convirtieron en la rebelión urbana más cruenta de la historia de Estados Unidos, cuyo saldo preliminar estremeció a todo el país: 50 muertos, 1,765 heridos y 6,345 detenidos por saqueos, ataques e incendios. En los días subsiguientes, Los Angeles se convirtió en una ciudad ocupada militarmente por trece mil soldados y policías con orden de disparar a matar contra los grupos de jóvenes violentos y las bandas de saqueadores fraternalmente integradas por negros, blancos e hispanos. El país entero se quedó estupefacto al ver en la televisión escenas terroríficas más propias de una guerra civil.

En plena campaña electoral, los estadounidenses deben afrontar inesperadamente un debate a fondo sobre el viejo problema de la discriminación racial y sobre los conflictos entre las comunidades raciales. Nadie duda que en la base de esta crisis se encuentra, además, el tema de la pobreza y la marginación. Son millones los asesinados por la extrema pobreza, la desocupación y la droga. De

acuerdo a *Newsweek*, un estimado de 25 millones de estadounidenses —el 20 por ciento de la fuerza laboral— se encontró sin empleo en algún momento de 1991. Además, el país tiene millones de ciudadanos —250,000 de ellos veteranos de guerra— que no tienen vivienda y más de 20 millones carecen de seguro médico.

Después de los sucesos de Los Angeles, los líderes negros del país no tuvieron pelos en la lengua para denunciar al presidente y al “sistema”. El alcalde de Los Angeles expresó su horror ante la violencia, pero también afirmó que la justicia era una burla. El líder de la Iglesia cristiana del sur, Joseph Lawrey, calificó de “genocidio” la actitud del gobierno, insensible al hecho de que los jóvenes de raza negra están matándose en los barrios infestados por drogas. Otros criticaron a Bush por enfrentar la situación como si fuera otra “guerra del Golfo”, ignorando las causas económicas y sociales que la generaron.

Ahora se empieza hablar de una “conspiración” contra los más pobres y de un “genocidio racial”, promovido por las políticas neoliberales de los gobiernos de Reagan y Bush, que favorecieron una enorme transferencia y concentración de la riqueza en la última década, deteriorando la situación social y económica de los trabajadores y los sectores medios. De acuerdo a Jim Casson y David Brooks, “el uno por ciento más rico de la población controló el 36 por ciento de la riqueza a fines de los años 80, que comparado con el 27 por ciento en los 70 (...) el valor neto de los 400 estadounidenses más ricos se triplicó pasando de 92 mil millones a 270 mil millones de dólares entre 1982 y 1989. Mientras tanto, entre 1977 y 1988, para el 90 por ciento de las familias el ingreso cayó” (*La Jornada*, diciembre de 1991).

Esto hay que enmarcarlo en la aguda y prolongada recesión económica que afecta a Estados Unidos, acentuada por la incertidumbre y la falta de dirección. Cada vez hay un mayor consenso en la sociedad que Estados Unidos está confrontando problemas económicos profundos los cuales, de no ser corregidos, pueden frenar el crecimiento y bajar el nivel de vida de la población en general. Charles Corry, presidente del grupo siderúrgico y petrolero *US Corp.*, planteó en enero ante una co-



misión del Congreso que “la mala política fiscal y comercial de Estados Unidos ha devastado durante estos últimos años el sector manufacturero”, agregando que “hemos perdido algunos de las mejores fuentes de trabajo de nuestra economía”. En el caso del sector siderúrgico, acotó, esa pérdida asciende a “más de 375 mil empleos de 1974”. Por su parte, Robert Rubin, de la poderosa firma bursátil de Wall Street *Goldman Sachs*, afirmó que “el futuro de Estados Unidos a largo plazo está comprometido si no se da un rápido cambio de rumbo”.

En realidad, los síntomas son alarmantes. Aparte del problema del desempleo, cada vez aumenta el número de estadounidenses obligados a solicitar cupones de comida subsidiados por el gobierno. De acuerdo a un informe del Departamento de Agricultura, en octubre, la cifra llegó a unos 24.16 millones, “400 mil más que en septiembre y 3.23 millones más que el año pasado”. A esas cifras, hay que agregar la de los escolares que reciben comida gratis, que en el mismo mes llegaron a 12.7 millones, medio millón más que el año anterior.

Frente a este problema, el gobierno no tiene muchas opciones, sobre todo porque su capacidad para resolverlo está limitada por una política fiscal

titubeante como consecuencia de un déficit fiscal de 350 mil millones de dólares y de una política monetaria perjudicada por un sistema bancario sitiado. El plan de recuperación económica presentado por el gobierno a finales de enero no se prevé que estimule la economía, sino hasta finales del segundo semestre de este año.

Sin embargo, el problema es más grave. Y es que Estados Unidos heredó de la *guerra fría* una situación de dependencia estructural respecto al gasto militar, ahora estancado y sujeto a revisión por la ausencia de la Unión Soviética. El gasto público sigue siendo vital para mantener a flote la economía, pero la reducción del gasto militar ha impactado el complejo militar-industrial, eje sobre el cual se basó la expansión de la economía estadounidense en las últimas cinco décadas. Por ello no es extraño que el impacto recesivo esté asociado a la estrecha vinculación de la economía estatal con el complejo militar-industrial, afectado ahora sobre todo en los campos de la informática y la aeronáutica. Al respecto, Charles Leadbeater comentó en *The Financial Times* que el fin de la guerra fría "significa para los fabricantes aeroespaciales... una reducción permanente del financiamiento militar para programas costosos". Lawrence Fisher informaba en el *New York Times* que empresas como *Cray Computer* enfrentan una situación en la que, según el analista Bill Brizby, no pueden contar ya con las "considerables inversiones" que "históricamente" hacían "los laboratorios del Departamento de Energía y la comunidad de inteligencia".

La que fue "locomotora de la economía mundial" depende del gasto militar como su combustible fundamental, el cual tendría que ser rehabilitada más allá de cualquier plan de medidas de contingencia para permitirle desempeñar el papel que jugó en el pasado.

Lo anterior explicaría la pugna de intereses entre el capital financiero y el complejo militar-industrial en el actual marco de recesión económica que hoy enfrenta Estados Unidos. Seymour Welman afirmaba en *The New York Times* "que después de 45 años de *guerra fría*, la Casa Blanca, el Pentágono, el Congreso y las corporaciones de

la industria de defensa bloquean cualquier propuesta para planificar una conversión a la economía civil. Los directivos federales y empresariales temen una pérdida de su poder de decisión. El Congreso teme un debilitamiento de los acuerdos políticos que permitan a sus integrantes dar ingresos y empleos a sus electores. Este rechazo a los planes para la conversión impide el debate sobre la política de financiamiento requerido para reparar la industria e infraestructura estadounidenses".

El conflicto se explica porque el sector financiero habría aportado la enorme masa de recursos utilizada en la primera mitad de la década de los ochenta para estimular la economía a través del proceso del gasto militar más espectacular de la historia de Estados Unidos. La viabilidad de la alianza parece haber llegado a su término en la segunda mitad de la década cuando, en lo económico, el gasto militar llegó a su nivel más alto y empezó a descender; mientras en lo político, el escándalo *Irán-contras* daba lugar a la caída de los miembros más cercanos a Reagan en la primera etapa de su gobierno: William Casey, Alexander Haig, William Clark, Vernon Walters y John Poindexter, representantes del complejo militar-industrial.

De esta manera, todo parece indicar que la alianza histórica entre la clase política, los dirigentes corporativos y los altos mandos militares que dirigió a Estados Unidos durante la *guerra fría* sufre ahora de tensiones internas muy graves, que le imprimen un carácter vacilante y errático a la política estadounidense. El punto fundamental es que la economía estadounidense no puede seguir enfrentando su creciente dependencia respecto al sector militar-industrial que a su vez depende del endeudamiento público para subsistir. No hay que olvidar que el Pentágono es responsable del 75 por ciento de las compras que efectúa el gobierno estadounidense en la economía interna, drásticamente reflejadas en la composición de los pedidos a las industrias automotriz y aeronáutica.

Por ahora, la recesión y la "guerra" de Los Angeles han tenido al menos la virtud de dinamizar el debate político, estancado durante la última década, y de poner al país en posición para recono-

cer que enfrenta serios problemas.

Ahora bien, los problemas no sólo se manifiestan a nivel económico y social, sino también a nivel político-cultural. Hay síntomas que sugieren que el problema económico es parte de otro, más amplio y menos visible empíricamente, que obliga a remitir el análisis al terreno del deterioro de la autoridad moral y política de todos los sectores de la clase política, oponentes o partidarios del presidente. Esto nos indica que estaríamos en presencia de una situación de crisis de hegemonía, expresada, por ejemplo, en el deterioro de la popularidad del presidente en las encuestas de opinión y en el repunte inesperado del independiente Ross Perot que, de acuerdo a los últimos sondeos, goza de una amplia popularidad, por encima del mismo Bush y del demócrata Clinton. Según algunos analistas, Perot vendría a llenar el vacío político en unos Estados Unidos en los que, según *Newsweek*, "la gente está desesperada por algunas respuestas verdaderas a la lista de aparentemente interminables problemas nacionales".

Esta situación de crisis de hegemonía se estaría reflejando en otras áreas de la cultura, la cual estaría amenazando a largo plazo la unidad misma de la nación. En esta línea, Norman Mailer, en una entrevista al semanario alemán *Der Spiegel*, manifestaba "no tener idea alguna de qué es lo que puede mantener unida a nuestra nación si hemos de encontrarlos en una primera depresión nacional... La enemistad innegable entre la gente blanca y negra se acentuaría, habría alzamientos en los ghettos. Me puedo imaginar una situación en la que se instalen campos de concentración y los derechos ciudadanos sean recortados... Pero todavía no hemos llegado tan lejos. Si económicamente las cosas se arreglan en los decenios siguientes, un escenario como el que temo quizás pueda ser evitado". Mailer ve en la recesión económica algo más que un problema coyuntural, el anuncio de la necesidad de una transición hacia "un desarrollo totalmente diferente". Esto le plantea al capitalismo estadounidense una serie de problemas que le exigen una modificación de su planteamiento y del pensamiento tradicional fundamental. En esta necesaria transformación, dice Mailer, desempeña un papel fundamental el hecho de que con el fin

de la *guerra fría* el capitalismo estadounidense "ha perdido un viejo y querido amigo" en la que fue la Unión Soviética. El enfrentamiento con ésta fue "lo que mantuvo unido en cierta manera al país... Ahora... nos encontramos dejados a nuestros propios recursos y los enfrentamientos tendrán que hacerse más críticos. Ahora lo válido es resolver los problemas que tiene este capitalismo, el cual está tan lejos de Adam Smith como el comunismo lo está de Karl Marx".

Desde otra perspectiva ideológica, Robert Hughes aborda el mismo tema en un ensayo para *Time* titulado "El desgaste de Estados Unidos", en el que subraya el agotamiento de la capacidad de compromiso de la comunidad académica estadounidense con la nación realmente existente, en momentos en que esa nación requiere como nunca antes de la creatividad de sus intelectuales. De acuerdo a Hughes, Estados Unidos ha llegado a un momento de su historia en el que estarían en peligro los valores y las actitudes morales y culturales para mantener la unidad de propósitos y voluntades en una nación de carácter multiétnico cada vez más acentuado.

Preservar a Estados Unidos, dice Hughes, exige conservar "el sentido de colectividad y mutuo respeto" pues, en caso contrario, será inevitable el desgaste del tipo específico de nacionalidad que caracteriza a este país de inmigrantes. Y si este desgaste está teniendo lugar en estos momentos, señala, "se debe al menos, en parte, a la prevalencia de demagogos que desean proclamar que existe una sola vía para la virtud estadounidense: palcoconservadores como Jesse Helms y Pat Robertson que piensan que Estados Unidos tiene una sola ética; neoconservadores que protestan contra un espantajo llamado multiculturalismo —como si esta cultura nunca hubiera sido otra cosa que *si no* multi—, y promotores de la corrección política que desearían ver a la injusticia elevada automáticamente a norma de santidad".

El texto de Hughes resalta dos hechos preocupantes en una circunstancia como la que enfrenta Estados Unidos. Uno, el creciente divorcio de la intelectualidad académica respecto a los problemas reales de las grandes mayorías nacionales; el otro, que "la respuesta del estadounidense prome-

dio a la inequidad consiste en darle otro nombre, en la esperanza que desaparecerá. Los estadounidenses desean crear una especie de Lourdes lingüístico, en el que la maldad y el infortunio se dispersen con una sumergida en las aguas del eufemismo”.

Como resultado de esa fractura etnocultural y de esa actitud evasiva, dice Hughes, “los estadounidenses presencian un retroceso público ante la política formal, ante un ejercicio activo y razonado de la ciudadanía”. Hoy, agrega, incluso la movilización en torno a problemas específicos — los derechos civiles, el medio ambiente, la legislación de salud, la crisis educativa, los derechos reproductivos de las mujeres— enfrenta “la disolución producida por un sentido trivializado de la responsabilidad cívica”.

En esta línea, resulta revelador el creciente abstencionismo electoral en Estado Unidos, el cual se nutre sobre todo de los sectores sociales más afectados por los problemas de la economía. De acuerdo con Peter Kilborn, en *The New York Times*, en 1988, sólo votó el 39 por ciento de los desempleados —contra un 44 por ciento en 1984— y el 47 por ciento de los obreros fabriles calificados. En cambio, hace cuatro años, votó el 72 por ciento de todos los ejecutivos de empresa, el 78 por ciento de los profesionales y el 89 por ciento de los mayores de 64 años con ingresos superiores a 50 mil dólares anuales.

En otros términos, los sectores que realmente nutren el proceso electoral parecen ser, también, los que más tendrían que perder con un cambio realmente significativo en las políticas y estructuras económicas que sustentaron la prosperidad del país durante los años de la *guerra fría*. Asimismo, esos sectores constituyen una clientela electoral dispuesta a apoyar medidas que los beneficien directamente, como las reducciones de los impuestos sobre las ganancias empresariales o a los ingresos de los jubilados, que forman parte recurrente en el debate sobre opciones para enfrentar la recesión en el seno del gobierno de Bush.

En otros términos, la mitad o más de los estadounidenses ha dejado de acudir a las urnas en las elecciones presidenciales y, entre los que siguen

haciéndolo, predominan ampliamente los más educados y los mejor acomodados, que ponen lo central de su interés en la conservación del estado de cosas imperantes y desconfían de cualquier iniciativa de cambio verdadero. No opera en balde esta actitud conservadora si se considera, como lo afirma Robert J. Samuelson en *Newsweek*, que “estamos comprometidos en exceso... Las promesas de ayer no pueden ser satisfechas con el pastel de hoy. Hacer que alguien llegue a estar mejor podría significar hacer que alguien llegue a estar peor. El potencial conflictivo es muy grande, porque la dependencia respecto al gobierno ha aumentado mucho. En 1991, el 47 por ciento de todos los hogares recibió algún tipo de transferencia de ingresos gubernamentales, desde seguridad social a préstamos para estudios o cupones para la compra de alimentos”.

Es decir, los que podrían llegar a estar peor son precisamente los que en mayor porcentaje acuden a votar, para evitar esa perspectiva. Esto explica la intensificación de la disputa entre Bush y Clinton por ese núcleo conservador de electores, toda vez que ambos —aunque por distintas razones— parecen haber renunciado a la posibilidad de luchar por una mayor participación electoral.

En el caso del presidente, la renuncia parece deberse a que ni desea ni le conviene una mayor movilización social en torno a las elecciones, que necesariamente tendría que estar asociada a un debate más consistente de su gestión y sus propuestas. En este sentido, Michael Duffy, en *Time*, se refiere al presidente con especial dureza, señalando que “tiene un desafortunado hábito para decir cosas que no quiere decir, o dejar de llevarlas a cabo si dice las que quiere... Bush sufre también de un caso agudo de oportunismo electoral... Al cabo de tres años de defender el *status quo*, intenta ahora presentarse como un agente de cambio... Bush ha sido conocido por hablar en el mismo día en favor de los trabajadores sindicalizados y de los que no lo están; en favor de las lechuzas y de los empresarios madereros que las amenazan. Cuando el autoproclamado presidente de la educación se vio en la necesidad de presentar una nueva política educativa al dirigirse a los estudiantes de la escuela de preparatoria de Allentown, Pennsylvania...

tomó una política prestada: la de Clinton”.

Si Bush no quiere plantearse el problema de una mayor movilización electoral, Clinton no ha podido hacerlo. Para construir la base de apoyo político imprescindible a su candidatura, el gobernador de Arkansas optó por una ruptura abierta con los sectores populistas de su partido, los cuales podrían permitirle obtener el apoyo de los sectores empresariales demócratas para su propuesta de reformismo pragmático ante los problemas económicos internos y la declinación de la hegemonía política externa de Estados Unidos.

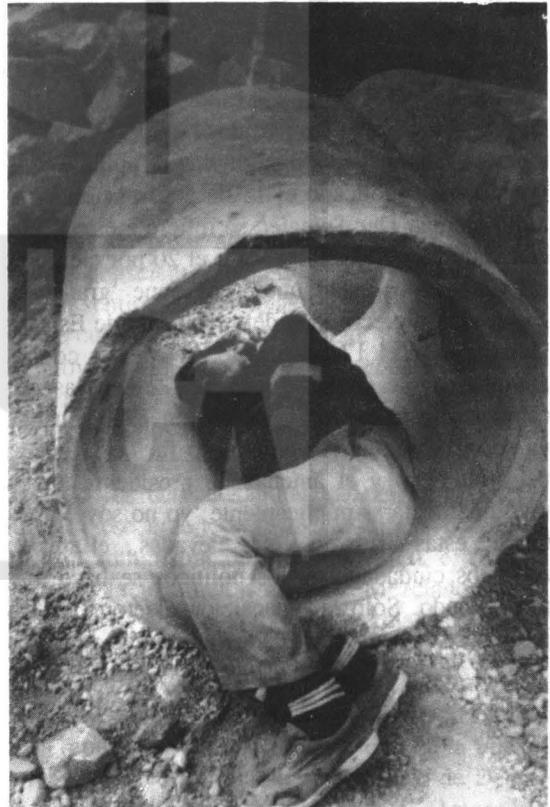
Lo más esencial de esa propuesta de Clinton se resume hasta ahora en su discurso del 17 de abril, en la Escuela de Economía de Wharton, en la Universidad de Pennsylvania, donde afirmó, según despachos de prensa, que con los cambios ocurridos en el mundo, Estados Unidos debe cambiar y desarrollar una estrategia económica similar a la practicada durante años por Japón, Alemania y otros países. “En la nueva economía estadounidense todo el mundo tendrá que cambiar, y todo el mundo obtendrá algo a cambio... los trabajadores obtendrán prosperidad e independencia nuevas, incluyendo servicios de salud y capacitación, pero los sindicatos tendrán que olvidar las reglas de trabajo no productivas... y ser receptivos al cambio”.

Ante un electorado que teme al cambio, sin embargo, Clinton enfrenta el peor de los terrenos posibles para lograr apoyo a una candidatura sustentada en el debate de problemas y propuestas. Ese terreno, en cambio, puede ser el más favorable para el presidente Bush. La maniobra de Clinton en el sentido de buscar el favor del electorado conservador en temas como el de una política más agresiva hacia Cuba, por ejemplo, declarando su apoyo a la iniciativa del representante Robert Torricelli de llevar a grados aún más extremos el bloqueo contra la isla y sancionar a los países que mantengan relaciones comerciales con ella, diluye las diferencias visibles entre el candidato demócrata y el presidente, con ventaja para este último.

En lo internacional, en efecto, Clinton representa una suerte de versión remozada de la propuesta de coordinación trilateral —Estados Unidos, Europa occidental y Japón— que en sus tiem-

pos impulsara el presidente James Carter. Pero el trilateralismo renovado de Clinton, en el que Estados Unidos aparece como un primero entre iguales, es incompatible con la propuesta de un nuevo orden mundial unipolar, que caracteriza la estrategia de política internacional del presidente Bush. Al situarse cada vez más cerca de su adversario, Clinton pierde la ventaja comparativa que podría derivarse de un perfil propio en una contienda gris. Pero, en materia de política interna, podría perder mucho más.

El pensamiento y la política conservadoras — al decir de Albert O. Hirschmann— son esencialmente intransigentes, y utilizan contra los promotores del cambio mecanismos de descalificación que enfatizan el carácter contraproducente, inútil y riesgoso de sus propuestas. Pero, en campañas electorales como ésta, ello se traduce además en un fuerte énfasis en la descalificación personal de quienes hacen suya esas propuestas. Hacia allá parece apuntar lo esencial de la estrategia de la cam-



paña de Bush en los meses venideros. Más ahora que Ross Perot aparece como la principal amenaza a sus aspiraciones de reelección, y quien, por cierto, ha diseñado una estrategia para buscar una mayor movilización a partir de planteamientos renovadores que lo diferencian nitidamente de Bush, todo lo contrario a lo realizado por Clinton.

Sin embargo, no todo es color de rosa para el presidente, que sigue estando muy lejos de que su reelección signifique un claro respaldo mayoritario a su gestión. Además, Bush no ha logrado distanciarse significativamente de su antagonista demócrata en materia de credibilidad. En una encuesta realizada recientemente por *Time*, ante la pregunta de si los candidatos eran gente "capaz de decir cualquier cosa con tal de ser elegido presidente", Clinton obtuvo un 67 por ciento de respuestas afirmativas contra un 60 por ciento de Bush.

Pero más allá de las posibilidades electorales de los candidatos, está el hecho de la existencia de síntomas que indican que el sistema político estadounidense ha entrado en crisis. Uno de esos síntomas, que ya mencionamos antes, es el notable abstencionismo de los ciudadanos inscritos para votar en la selección de los candidatos en las elecciones primarias de los partidos republicanos y demócrata. Un análisis de la coyuntura política estadounidense, publicado el 11 de abril por el semanario alemán *Der Spiegel*, se refiere a este hecho con singular agudeza, "ya sólo el 20 por ciento de los ciudadanos estadounidenses tiene 'gran confianza' en la efectividad del presidente de Estados Unidos; sólo el 17 por ciento cree poder confiar completamente en sus representantes en las dos cámaras del Congreso... Incluso en 1973, cuando ya se vislumbraba el vergonzoso fin de la guerra del Viet Nam y el amenazado presidente Nixon tuvo que declarar públicamente 'yo no soy un criminal', estas cifras eran más elevadas... el abismo entre los ciudadanos y los políticos se hace más pronunciado. Sólo la disposición electoral de los jubilados, que en las décadas anteriores pudieron

mantener y mejorar su posición social gracias a subsidios elevados, ha evitado que la participación en las elecciones presidenciales cayera por debajo del 50 por ciento. En un estudio sobre la frustración de los electores estadounidenses, el autor E. J. Dionne, de Washington, D.C., diagnostica 'la fuga de la vida pública'".

Por contraste con el crecimiento y la sofisticación de la maquinaria política que hoy llena y domina todo el proceso electoral, se hace sentir la ausencia de las pasiones de las masas de hace un siglo. Esa ausencia es uno de los costos que el sistema político estadounidense ha debido pagar a cambio de la extraordinaria expansión del país que tuvo lugar, sobre todo, entre las décadas de 1950 y 1960. En aquel período se dio, en efecto, el proceso de concentración del poder económico y político que llevó al presidente Dwight Eisenhower a denunciar el ascendiente del complejo militar-industrial sobre la administración pública, y cuyos resultados describió el sociólogo C. Wright Mills como la constitución de una "triángulo de poder", integrado por los directivos de las grandes corporaciones, la cúpula política nacional y los mandos superiores de las fuerzas armadas.

Ese proceso de concentración del poder en la toma de decisiones de alcance nacional e internacional tuvo su correlato en una extraordinaria fragmentación del cuerpo político ciudadano, que a su vez se tradujo en su despolitización.

Así, pues, cualquiera que sea el triunfador en las próximas elecciones presidenciales de noviembre, tendrá que enfrentarse al problema fundamental de la política estadounidense, que es el de la reconstrucción del consenso perdido para garantizar al país la unidad interna imprescindible para encontrar sin violencias el lugar que el destino le depare en el concierto de las naciones en esta nueva etapa de su historia. Postergar la solución de este problema constituye, hoy, el núcleo verdadero del conflicto que desgarró a Estados Unidos.

H. S.